

El Padre Jean-Baptiste Rouchon

H. Javier Marquinez



El Padre Jean-Baptiste Rouchon se había sentido entusiasmado la primera vez que escuchó al Padre Coindre. El hecho se había producido con ocasión de la misión que los Padres de la Cruz de Jesús, de Lyon habían predicado en las distintas parroquias de la ciudad Saint-Étienne, entre marzo y mayo de 1821. Al terminar aquel discurso, el Padre Rouchon entró en la sacristía.

–Me han conmovido sus palabras –le dijo al Padre Coindre, que en aquel momento se estaba despojando de sus ornamentos litúrgicos.

–Muchas gracias –respondió con humildad el Padre Coindre.

–Permítame presentarme. Soy el Padre Jean-Baptiste Rouchon.

–Encantado de saludarle –dijo Coindre–. ¿Pertenece a usted a alguna parroquia cercana?

–Soy el párroco de la iglesia de Valbenoîte, un sitio muy pequeño próximo a este lugar.

–He escuchado hablar de su parroquia–dijo Coindre mostrando interés–. ¿No había allí antiguamente una abadía benedictina?

–Efectivamente, en realidad es una pequeña iglesia que estaba casi en ruinas y que yo mismo compré hace unos tres años –dijo Rouchon mientras miraba el rostro de Coindre para ver cuál era la reacción ante sus palabras.

Coindre observó al sacerdote con cierta sorpresa. Rouchon era un hombre de unos 60 años y a su interlocutor le extrañaba que estuviera metido en aquellas aventuras inmobiliarias. El párroco de Valbenoîte era un hombre alto y delgado, de facciones finas entre las que destacaba una nariz no muy grande pero con una arista muy marcada. Tenía una hermoso pelo totalmente blanco, bien cuidado, que le daba un aspecto casi episcopal.

La verdad es que el Padre Rouchon siempre había sido un hombre inquieto. Durante la época revolucionaria se negó a jurar la constitución civil del clero, es decir, que permaneció fiel a la Iglesia y al Papa, por lo que tuvo que exiliarse a Italia donde estuvo viviendo durante dos años. Cuando se recuperó la tranquilidad, volvió a Francia y ejerció de párroco en diversos pueblos, entre ellos el suyo propio, Saint-Just-lès-Velay en la diócesis de Lyon. En el Concordato, hacia 1803, se estableció como párroco de Valbenoîte y años después terminó comprando su propia iglesia, efectivamente un antiguo monasterio cisterciense muy deteriorado por el paso del tiempo y por los desmanes de la Revolución.

–Me han dicho –continuó Rouchon– que tiene usted un establecimiento en Lyon dedicado al educación de muchachos con dificultades.

–Así es, respondió Coindre –que ya se empezaba a preguntar a dónde quería llegar a aquel sacerdote.



—También yo dirijo una pequeña asociación de hombres que se dedica a obras de caridad, sobre todo a la educación de niños y jóvenes en un taller que tenemos instalado en la parroquia.

—Me alegro mucho de esa iniciativa —respondió Coindre—. Creo que la gente de iglesia tenemos una obligación de caridad con los muchachos que vagabundean por nuestras calles. Efectivamente, tengo una obra en Lyon en la que comenzamos recogiendo a muchachos recién salidos de prisión. Ahora somos algunos más y acabamos de mudarnos a una nueva propiedad en el barrio de La Croix-Rousse.

—Me alegro de que su obra esté creciendo —replicó Rouchon, y añadió con un leve gesto de inquietud—; yo en cambio estoy ciertamente preocupado por el futuro de mis muchachos.

—Dígame cuál es el problema —dijo Coindre—, si puedo ayudar en algo, estoy a su disposición.

—El asunto es que ya no soy joven —declaró Rouchon con un deje de amargura—. Los hombres que forman parte del grupo, si bien cada uno tiene su profesión y se ganan la vida por sí mismos, me han manifestado en repetidas ocasiones que les gustaría una vida de mayor compromiso.

Coindre se quedó un momento en silencio, pensativo. Comenzó a andar junto al Padre Rouchon hacia la salida de la sacristía de la iglesia de Notre-Dame, una parroquia situada al sur de la gran ciudad industrial de Saint-Etienne, donde Coindre era el jefe de la misión. Mientras caminaban por la nave central de la iglesia, en silencio, Coindre comenzaba a madurar un proyecto que podía resultar decisivo para las obras de los dos sacerdotes. Salieron a la luz del día de aquella suave mañana de mayo de 1821. La primavera se había instalado en el jardín que rodeaba la iglesia y también en el corazón del Padre Coindre, que veía una rendija de futuro para el proyecto por el que venía rezando hacía mucho tiempo.

—Algunos jóvenes de los que atienden a los chicos de Lyon también quieren una mayor implicación personal —comenzó Coindre a exponer su proyecto—. Por otra parte yo tengo claro que lo principal de esta obra es hacer llegar el amor de Dios a los niños y los jóvenes, y de momento esto no se puede hacer porque tengo buenos maestros y vigilantes, pero no pueden enseñar el evangelio a los jóvenes porque no están preparados para ello y, además, algunos ni siquiera lo conocen. Así que llevo un tiempo dando vueltas al proyecto de crear una congregación religiosa para atender esta casa y otras que, si Dios quiere, podemos abrir en el futuro.

—¿Por qué no viene usted mañana a la parroquia de Valbenoîte para hablar a mis muchachos de su proyecto? —dijo Rouchon, que también veía una oportunidad en las palabras de Coindre—. Creo que coincidimos en muchas cosas y es posible que podamos hacer algo en común.

Todos sabemos lo que sucedió en los meses sucesivos. Siete de aquellos jóvenes, que estaban reunidos bajo el liderazgo del Padre Rouchon, llegaron a Lyon el 24 de septiembre de 1821 para participar en el retiro previo, e hicieron la profesión religiosa con votos privados en la capilla de Fourvière el 30 de septiembre de 1821.

Tras un mes de estancia en el Piadoso Socorro, cinco de estos hombres volvieron a Valbenoîte, ya como hermanos del Sagrado Corazón para hacerse cargo del taller de caridad que tenía organizado el Padre Rouchon. Eran cuatro hermanos, cuyo nombre desconocemos, además del superior, el Hermano Ignacio, Antoine Dufour, un hombre emprendedor que había dejado una pequeña fábrica de cordones para sumarse a la obra del Padre Coindre.



Apenas había pasado un mes de la llegada de la comunidad de Valbenoîte, en diciembre de 1821, y el Padre Rouchon ya se había arrepentido de haber unido su obra a la del Padre Coindre. No sabemos las circunstancias concretas que provocaron la ruptura, pero Rouchon escribió a Coindre proponiéndole dar por terminados los compromisos y pidiéndole que el local que había cedido para el taller volviera de nuevo a su legítimo dueño, él mismo.

—No tenemos ningún compromiso firmado o sea que no vamos a reclamar nada. Puede quedarse con la casa, que efectivamente le pertenece —le dijo Coindre al hermano Borgia una tarde de principios de febrero, recién llegado de predicar una misión en la ciudad de Anse, en el Ródano— ¿Y a todo esto que dice el director, hermano Ignacio?

—Ha escrito solicitando que le enviemos dinero para sostener el taller —respondió el hermano Borgia con un gesto de impotencia—. También dice que lo más lógico es seguir bajo la autoridad del Padre Rouchon, que está más cercano y que ha sido siempre el referente espiritual de los hermanos.

—Esto tiene mala pinta —dijo Coindre—. Vamos a ser claros y caritativos desde el principio, tanto con el Padre Rouchon como con el hermano Ignacio. Nos tienen a su entera disposición, pero no podemos hacer ningún sacrificio por una obra que está claro que quiere independizarse y que no supone para nosotros ninguna ayuda.

A principios de 1822, la comunidad de Valbenoîte ya se había desligado de los Hermanos del Sagrado Corazón. El Padre Rouchon ensayó diversas tentativas para unir su comunidad con otras congregaciones, sobre todo y en varias ocasiones con los hermanos maristas. Pero estos esfuerzos no fructificaron. Si bien la comunidad de Valbenoîte siguió funcionando durante varios años, los hermanos terminaron dispersándose y la obra no tuvo continuidad. El Padre Rouchon falleció en 1844, a los 85 años, y dejó fama de hombre santo y caritativo entre sus feligreses de la parroquia de Valbenoîte.